



compararse con el que fue su maestro y ha sido el revolucionador de todo lo que toca a la psicología humana, como han demostrado —entre otros— Marta Robert y Maryse Choisy en sus múltiples obras, y que Herbert Marcuse consagró definitivamente, echando por tierra los intentos culturalistas de una Clara Thompson, de un Sullivan o un Erich Fromm.

Ahora el profesor Schraml aplica a la educación los hallazgos básicos del psicoanálisis freudiano, que es una psicología no en superficie, sino en profundidad. Así los elementos básicos de la psicología profunda son utilizados por Schraml muy inteligentemente en esta divulgación práctica que es novedad en nuestros ambientes españoles.

Yo, como creyente, soy partidario del psicoanálisis y de todo lo que sus continuadores ortodoxos han añadido, porque he comprobado siempre la mucha eficacia de sus planteamientos en la psicología humana concreta, y, por tanto, unas veces en psicología normal y otras en la anormal.

Nada puede alegarse, como muchos cristianos han intentado infructuosamente, para hundir —desde un punto de vista espiritualista— estas intuiciones y hallazgos, comprobados en la experiencia cotidiana de los especialistas del ser humano y de sus conflictos. Hace ya quince años, el teólogo católico Romano Guardini se encargó de desvelar la inoperancia de este temor de los creyentes, y Hebert Marcuse hizo lo mismo desde su punto de vista no-creyente, haciendo comprender que el psicoanálisis jamás era un materialismo grosero, sino un apoyo constructivo de un ser humano más libre y más personal.

Todas las fases de la evolución infantil y juvenil, y todas las complejas relaciones psicológicas del ser humano en evolución son estudiadas por Schraml con sentido práctico, utilizando mucho los trabajos del psicoanalista Erikson y del pedagogo Zulliger, así como están latentes en la obra los aportes de los actuales antropólogos Malinowski y Margaret Mead, aunque apenas los cita explícitamente. Sus reflexiones sobre la agresividad son dignas también de atención especial, porque harán cambiar de opinión ingenua a muchos educadores y padres que creen haberlo conseguido todo al haber reprimido todo. ■ E. MIRET.

Psicología profunda para educadores, de Walter J. Schraml. Editorial Herder.

Literatura para un ser pasivo, el niño

Mil veces estudiado teóricamente, mil veces sometido a revisión, el problema de la literatura infantil quizá sea insoluble, en cuanto que su centro de gravedad —el niño— no puede utilizar ninguno de los caminos hábiles indicativos de una determinada preferencia. El adulto va hacia un libro y no hacia otro porque el primero le produce entretenimiento, placer en la lectura o alimenta su espíritu crítico cara a un hecho concreto. En el caso del niño, la presión que ejercen sobre sus gustos y preferencias los clichés impuestos como válidos por sus mayores, motiva el que las dos primeras vías estén viciadas o cegadas desde su origen. Mientras que, por otra parte, el niño aún no ha adquirido la suficiente capacidad crítica como para decidir aquello que le interesa o le es indiferente, sin entrar en la dificultad de una postura de rechazo, necesitada de una mayor madurez aún. La nula capacidad adquisitiva infantil, su valor consumístico únicamente indirecto (son los padres quienes deciden lo que debe comprar o no en todos los órdenes), se elevan como factores esenciales en la consideración de que el niño es un elemento pasivo —o semipasivo en el mejor de los casos— cara a su propio entorno más inmediato, a aquello que le considera como lógico destinatario. Olvidar esta pasividad y creer que la literatura infantil —o el cine o el teatro— tiene su solución, que existe una salida para el problema, no debía de parecerme una fácil utopía.

Existe, además, una cuestión terminológica, donde designamos con las mismas palabras aquello que está escrito para los niños, aquello que se centra en el mundo de los niños (convertidos en protagonistas) e incluso aquello que se escriben los propios niños. Si el término «literatura infantil» resulta susceptible a esta triple interpretación, equívocos incluidos, libros como «Hugo y Josefina», de María Gripe (1), no parecen venir a cooperar en la clarificación. Pero es curiosamente esta mistificación entre «obra para leer a los niños» y «obra sobre

(1) Hugo y Josefina, de María Gripe. Editorial Noguer, Barcelona-Madrid, 1971. Colección «Mundo mágico», núm. 6. Sobre este relato existe una versión cinematográfica, dirigida por Kjell Grede, que consiguió la Concha de Plata en el Festival de San Sebastián de 1968 y ha sido estrenada este mismo año en Madrid, en una sala dedicada especialmente al cine infantil.

un microcosmos infantil» lo que otorga al texto que reseñamos —ya prácticamente un clásico dentro de la literatura sueca— su máximo atractivo. Porque más allá de la exactitud psicológica de los dos críos protagonistas (y especialmente Hugo, anarco-poeta que halla en la Naturaleza —tópico esencial de la narrativa escandinava— su primer medio expresivo), en el libro de María Gripe hallamos toda la crueldad subjetivada de la primera infancia, todo el sufrimiento-sorpresa que marca el despertar a la vida, toda la capacidad de ilusión y represión que luego constituirán nuestras constantes vitales. ■ F. L.

Introducción a la Medicina

En la medida que las enfermedades y los procesos de curación correspondientes constituyen una experiencia cotidiana que se desarrolla en nosotros o alrededor nuestro, todos sabemos algo de Medicina. No ya en la historia científica de la Medicina, sino en el propio «saber del pueblo» —que es a lo que vamos—, y más concretamente en la folk-medicina de cualquier país, podemos encontrar el testimonio de cómo un saber más o menos generalizado de las prevenciones y remedios contra las enfermedades y accidentes forman parte del bagaje cultural social imprescindible en todos los grupos y sociedades humanas; aunque siempre han existido hechiceros, sacerdotes, cirujanos que real o pretendidamente poseían un conocimiento especializado. Ahora bien, no creemos ser los únicos en pensar que el magicismo y la especulación aleatoria de la práctica profesionalizada de la cura existentes en las sociedades antiguas o en las sociedades no evolucionadas de cualquier época, están en la actualidad convirtiéndose en ultramagicismo: la magia ya no depende del curandero, se ha trasladado al «poder» curativo; antes residía en el hombre, ahora en los reactivos y aparatos. Por otra parte, la responsabilidad se ha despersonalizado en el sistema médico-burocrático social y han quedado mediatizadas las relaciones entre el enfermo y la posibilidad de su cura. Del naturismo de los remedios caseros, las plantas medicinales y el instrumental sencillo se ha pasado a un número

gigantesco de fármacos complejos como su nomenclatura y el ritual semántico correspondiente, y a los instrumentos y aparatos electrónicos. Por muy carismática que fuera la figura del médico en las relaciones enfermo-médico general, al menos se poseía la visión del ámbito donde la cura había de realizarse, así como de los comportamientos de uno y otro. Pero el antiguo humanismo deviene positivización burocrática «racionalizadora», vetada de intereses arbitrarios y ajenos a móviles auténticamente científicos y sociales. Así, la salud del hombre y de la colectividad no es el patrimonio común a cuyo disfrute todos tenemos derecho y por cuya conservación todos tenemos obligaciones, como se formuló por primera vez en la Declaración de los derechos humanos (1789) de la Asamblea Constitucional francesa, o no es solamente eso: es también el campo de la actividad mercantilista de las grandes empresas químico-farmacéuticas y de otras industrias y entidades sujetas a las leyes de la oferta y la demanda. Independientemente de las posibilidades decisorias del hombre de la calle para determinar las características de la estructura de la seguridad social y el resto de las condiciones de mantenimiento de la salud sería necesaria una amplia y honesta corriente informativa que diera cuenta de cómo los nuevos descubrimientos y los nuevos problemas debían integrarse y valorarse a la luz de una visión global —y no fragmentada o reductoramente parcializada como en realidad ocurre— de la Medicina y del lugar que ésta ocupa y las relaciones que mantiene dentro del proceso social, económico y político. Estas consideraciones, en las que únicamente tratamos de apuntar la necesidad de un mayor y más coherente nivel público de conciencia sanitaria (1), nos han parecido convenientes como introducción a **Introducción a la Medicina** (2), que es uno de esos libros que ayudan a clarificar la cultura y a encontrar el sentido con que se inscriben los conoci-

mientos dispersos en un pensamiento más general e integrado, ya que no solamente es útil para los que comienzan estudios médicos, sino que nos parece importante para que el lector medio obtenga una información de conjunto sobre el cada vez más complejo mundo de la Medicina. «Crear una nueva cultura no significa hacer individualmente descubrimientos «originales», sino que significa también —y especialmente— difundir críticamente verdades ya descubiertas, «socializarlas» por así decir y, por consiguiente, convertirlas en base de acciones vitales, en elemento de coordinación y de orden intelectual y moral» (Gramsci). La frase del pensador italiano resume para nosotros el valor indudable de la obra que nos ocupa y que podría servir como ejemplo en otras materias donde la investigación aplicada sujeta a intereses no siempre científicos ni sociales, la práctica descontrolada del método analítico y el crecimiento desordenado de nuevas disciplinas degenera a menudo en una masa confusa y desorientadora de conocimientos.

Dicen los autores que «este pequeño libro es, ante todo, un primer precipitado de nuestra experiencia docente», pues con este nombre de **Introducción a la Medicina** existe una asignatura de gran tradición en los países que van a la cabeza de esta ciencia. En nuestro país se dio por primera vez en Valencia, desde cuya Universidad se nos ofrece, extendiéndose posteriormente a otras Universidades. Nociones procedentes de disciplinas como la historia social de la Medicina y la sociología de la Medicina, acompañadas de explicaciones sobre la terminología, la metodología y la documentación, y de una excelente selección de cuadros con datos sobre números de camas, enfermedades sociales crónicas y accidentes —que son las de nuestro tiempo en Europa—, número de médicos, etc., que no damos aquí por haberse publicado ampliamente, como decíamos, en los últimos ejemplares de nuestra revista. Únicamente señalaremos, por lamentable, el bajo equipamiento hospitalario español, con 31 camas por 10.000 habitantes, cifra inferior al resto de los países europeos, cosa que no ocurre con el número de médicos. ■ F. ALMAZAN.

CINE

Confusión objetividad-apariencia, en una obra cosificada

Uno podía pensar, en su ingenuidad, que casi treinta años después del ataque aéreo a Pearl Harbour el cine americano iba a intentar clarificar uno de los hechos que más decisivamente influyeron en el desarrollo de la segunda guerra mundial e incluso en la configuración del mapa político de nuestros días. Por ello, y por el hecho de estar realizada conjuntamente por un equipo estadounidense y otro japonés (encabezados, respectivamente, por Richard

entrada en guerra contra las potencias del Eje, o si —en último término— conocía de antemano la agresión y aceptó como mal necesario la destrucción de una buena parte de su flota en el Pacífico, poniendo a salvo a los portaaviones, pieza esencial, con el fin ya mencionado de empezar oficialmente las hostilidades. Esperanza defraudada la mía porque, a pesar de haber invertido en la película la desorbitada suma de veintico millones de dólares —1.750 millones de pesetas—, o quizá precisamente por eso, la Fox (1) no ha querido arriesgar ninguna interpretación, ningún planteamiento que fuese más allá de la sucesión cronológica de los hechos. Todo ello en nombre de los sacrosantos principios de la objetividad y la ambigüedad histórica.

Con ello entramos aquí en un grave problema de confusión, no ya terminológica, sino conceptual, entre **objetividad** y **apariencia**, presente al máximo en «Tora! Tora!



«Tora! Tora! Tora!», película de la Fox, realizada por Richard Fleischer, Toshio Masuda y Kinji Fukasaku (1970).

Fleischer y Akira Kurosawa, sustituido más tarde por Toshio Masuda y Kinji Fukasaku), esperaba que, cuando menos, «Tora! Tora! Tora!» (1970) aclarase en profundidad algunas de las razones que motivaron la agresión y, muy especialmente, si ésta resultó una verdadera sorpresa para Estados Unidos o si, de alguna forma, fue Norteamérica quien provocó el ataque para así justificar definitivamente, ante una población no decidida a la beligerancia, su

Tora!», pero ampliable a un buen número de films, y también a diferentes medios de información. Paralelamente a la constatación de que realís-

(1) «Imposible —manifestó Darryl F. Zanuck con motivo del lanzamiento de la película— hacer comprender a los espectadores como fue concebido el ataque a Pearl Harbour si no se hace escuchar el sonido de las voces japonesas». Imposible, por lo tanto, para el espectador español sometido a un doblaje en que todo el mundo habla el más perfecto castellano e incluso algún actor pone su voz a diversos personajes episódicos de uno y otro bando.

(1) TRIUNFO ha publicado en el año que corre algunos reportajes. Véanse los números 476 y 477 con el informe Baltar sobre los hospitales españoles. En 454 y 455, informe sobre la Psiquiatría en España, y en 473, 474 y 475, sobre «los nuevos médicos», ambos de G. Díaz-Plaja.

(2) De J. M. López Piñero y L. García Ballester. 160 páginas. Editorial Ariel.